

Discurso sobre la felicidad

por Shila Vilker*

Venía de Lanús. Quería escribir. Me tomaba el colectivo 37 –por suerte, viajaba sentada: las ventajas de vivir casi al final del recorrido. 50 minutos más tarde, me bajaba en Callao y Marcelo T. de Alvear, que por aquel entonces todavía conservaba el apellido. Caminaba esas 6 cuadras pensando en que no era posible vivir de la escritura. Por eso había elegido la Carrera de Comunicación y no la de Letras, con la idea de vivir del periodismo que, en la imaginación de una chica de suburbio de 18 años, era lo que más se acercaba al sueño.

Los primeros años trabajé y estudié. Trabajaba de repositora en Jumbo y en muchos otros supermercados. A pesar de lo duro del trabajo y de las horas sandwich, todo tenía sentido en función de la Facultad –que no era para mí "la facu" sino el "lugar" más gravitante de mi vida.

¿Qué era eso que me retenía? ¿Qué me ataba a la institución? No eran solamente los amigos, ni los chicos lindos, ni el nuevo mundo que se me abría. Era también el desafío de poder con las lecturas, las discusiones, los exámenes; era la seducción de unos docentes que enseñaban lo que les apasionaba. Era también una zona de resistencia a las desigualdades, de reflexión, de libertad. En eso, la Facultad me permitía realizar una operación dual: entregaba mi fuerza a un trabajo embrutecedor y mi cabeza a la libertad.

Es cierto que era una cabeza hueca, en la medida en que puede serlo una chica de 18 o 19 años. Pero también es cierto que "Sociales" tiene la vitalidad y el entusiasmo juvenil necesarios para contagiar a adolescentes como yo, que comprendíamos con la pasión lo que apenas presentíamos con el pensamiento.

A los dos años de haber entrado a la Facultad empecé a participar de *El Ojo Furioso*. Era una revista hecha mayormente por compañeros con estudios avanzados de Sociología. Era una revista de lectores, de discutidores, de tomadores. Con ellos hacíamos la revista pero también leíamos, cenábamos y hablábamos pavadas. Y lo más extraño de todo: escribíamos en conjunto. Una escritura hilvanada, de uno a otro: tomábamos y retomábamos: mate, vodka, ideas, palabras sueltas que nos iban juntando.

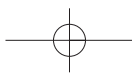
Muchos de los que hacíamos *El Ojo Furioso* fuimos luego docentes en la Facultad. Cursábamos todos juntos todavía en Marcelo T. Enfrente estaba el Tutu, un bar donde atendía Vicenzo y

donde yo vi a mis amigos cruzar literatura y teoría. En ese bar, y en los pasillos donde vendíamos las revistas –en esa época se vendían las revistas, se leían las revistas–, la Facultad se prolongaba. Y viceversa: era una especie de Facultad-café concert en la que participábamos Alejandro Varela, Carlos Belvedere, Eduardo Cartoccio, Tomás Callelo, Marcelo Urresti, Mariano Barger, Hernán Nazer, Claudio Benzecry y otros.

Dejé mi trabajo en los supermercados por un estipendio. Cinco o seis años después de haber ingresado a la Facultad, cuando todavía me daba cierto vértigo leer libros de teoría de cabo a rabo y cuando, en pleno menemismo, los libros se compraban baratos y uno empezaba a hacerse una pequeña bibliotequita, gané una de las dos becas de investigación en la categoría de estudiante (en ese momento estaba forjándose el sistema de investigación); la otra la había ganado Gerardo Halpern, de los mejores de mi generación. Me dirigió Nicolás Casullo; me tomé y me dio libertades. Hice lo que quise y Nicolás evidenció generosidad en su falta de condicionamientos; estuvo más interesado por las circunstancias del punto de vista que por el propio punto de vista. En ese momento, la becaria que era tenía más historia vivida como repositora que como investigadora.

Al poco tiempo de ganar la beca y todavía con los miedos que las grandes instituciones imponen, tuve la suerte de rendir el final del Seminario de Informática y Sociedad con Christian Ferrer. Después de charlar largo rato sobre las tecnologías de control en los supermercados, conversamos sobre el crimen y los sectores populares. En ese momento y en un arranque de confianza inexplicable, Christian me invitó a dar una charla en un seminario de posgrado que él coordinaba. Christian se convirtió en mi maestro informal, sugiriendo lecturas, perspectivas, problemas. A los pocos meses me sumó formalmente al proyecto UBACyT que dirigía Héctor Schmucler, y luego a su cátedra. ¿Me había pasado cosa más importante que ésta en mi vida? La Facultad me daba una de las alegrías más grandes que he tenido.


Con ello vendrían amigos nuevos, amigos que me donará Christian. Porque el sistema de cátedra permite una zona de hacer común, y es complejo pero estimulante hacer junto a los otros. Todos ellos participaban de un mundo de intereses comunes: la Facultad de Sociales, que es también un mundo donde entendemos los mismos chistes. En ese momento –como hoy también– la Fa-



cultad aglutinaba todo. Lecturas que provenían de otros lados eran subsumidas en las problemáticas de las materias y de la investigación; los espacios extrauniversitarios eran leídos con el signo Sociales. La Facultad tenía un peso emocional tal que hacía que las noches y los días se modelasen a su son.

Al poco tiempo, con la primera renta docente, la Facultad se volvió también la patronal. Con este cambio, advino otro: volverse docente es, también, un ejercicio de desalumnización; tal vez, uno de los pocos ejercicios que la Facultad, paradójicamente, no enseña. Cuando estaba finalizando con éxito este proceso, la Facultad, batesonianamente, decide exigir la formación permanente, en criollo, posgrados. Con ello, un nuevo capítulo se abre al mismo tiempo a una re-alumnización en simultáneo al estímulo autonomizante provisto por los sistemas de incentivos a través de becas a la investigación. Y había vuelto a obtener otra beca UBACyT, ratificando una elección mutua.

Mi experiencia no es la de una Carrera. Hice las cosas fuera de término, con poco método. Mi experiencia es la de una vida que se organiza satelizando a una institución. En medio de encuentros de lecturas, hubo pasillos –de Marcelo T. y de Parque Centenario–; hubo bares –Tudor, Tutu, el bar del subsuelo de Marcelo T. donde estaba siempre Montalbán y luego el bar El Astillero–; hubo... me pregunto si tiene sentido enumerar bares, libros, revistas, amigos, biblioteca, burocracia, todo ello que hace a la vida hormigueante de un lugar.

Y en medio, lo que más me gustaba y lo que más me sigue gustando, la protagonista: el aula. El aula es el espacio de mayor libertad y de mayor sensualidad intelectual. Una buena clase sigue siendo aquella en la que el propio docente se sorprende. Si algo de todo lo anterior es posible; si es posible una continuidad institucional y parainstitucional, si es posible el vaivén entre los lazos y contralazos formales, amorosos, pasionales, conflictivos de la Facultad, lo es, sobre todo, porque está, siempre, el adentro del aula. 

** Docente del Seminario Informática y Sociedad de la Carrera de Ciencias de la Comunicación.*